



Ha llegado
el momento
de volver
a encender
las estrellas

Virginie
Grimaldi


ESPASA

VIRGINIE GRIMALDI

HA LLEGADO EL MOMENTO DE
VOLVER A ENCENDER LAS ESTRELLAS

Traducción de Rosa Alapont


ESPASA

Título original: *Il est grand temps de rallumer les étoiles*

© Libraire Arthème Fayard, 2018

© por la traducción, Rosa Alapont, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Canciones del interior

Página 265: © *Si j'étais un homme*, Tuta Music Inc., 1981, interpretada por Diane Tell.

Página 265: © *Ne me quitte pas*, Warner Chappel Music France y Éditions Jacques Brel, 1959, interpretada por Jacques Brel.

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-670-5478-1

Depósito legal: B. 963-2019

Composición: Pleca Digital

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

Publicado de acuerdo con Grand Nordic Agency AB

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ANNA

—¡Anna, ven a verme al final del servicio! Tengo algo que decirte.

Me ato el delantal a la cintura y me doy una última vuelta por la sala antes de que lleguen los primeros clientes. Sé lo que Tony va a anunciarme, ayer sorprendí una conversación. Y ya era hora.

Desde hace tres meses, L'Auberge Blanche encabeza la clasificación de los mejores restaurantes de Toulouse. Ya teníamos mucha clientela, pero ahora está siempre hasta los topes. Apenas he tenido tiempo de quitar una mesa cuando alguien se instala ya en ella. Atiendo sola el servicio, Tony consiente en ayudarme cuando no tiene otra cosa que hacer.

El lunes pasado, cuando llevaba una crema quemada a la mesa seis, se me taponaron los oídos, mi visión se volvió borrosa y me fallaron las piernas. El postre aterrizó en la cabeza del cliente y yo en el despacho del jefe.

Empezó gritando, pero estoy acostumbrada, eso significa que estaba preocupado. Un día me confió que era un *situs inversus*: tiene el corazón a la derecha y el hígado a la izquierda. Obviamente, la comunicación también resulta invertida.

—¿Qué narices has hecho, Anna?
—Pues lo que he hecho es que me ha dado un vahído.
—Pero ¿por qué?
—Para animar la cosa, claro, ¡menuda pregunta! Todo estaba demasiado tranquilo esta noche, ¿no?
Dejó a un lado la cólera con un hondo suspiro y pasó a la fase empática.
—Vale, ¿y ya estás bien?
—Me encuentro mejor, ahora vuelvo a la sala.
—Deja, ya me ocupo yo por esta noche. Pero mañana te quiero aquí, ¿de acuerdo?
—¿Acaso he faltado una sola vez?
Sonrió, y yo lo aproveché.
—Estoy cansada, Tony. Me acerco a los cuarenta años, ya no puedo llevar este ritmo. Estaría muy bien que contratases a alguien.
—Lo sé, lo sé, ya me lo has dicho más de una vez. Veré lo que puedo hacer.
Cogió el teléfono y llamó a Estelle, su amante, para confiarle que le gustaría estar en sus bragas en aquel preciso momento. Deduje que nuestra conversación había terminado.

Mi vecino Paul afirma que debería cambiar de trabajo. Él heredó el estanco de su papá, y salta a la vista que considera que los empleos los traen las cigüeñas, las cuales llevaron a cabo una reorientación laboral cuando el mercado de bebés les fue birlado por las coles y las rosas.*

* A raíz de un cuento de hadas tradicional, en Francia suele decirse que los niños nacen en las coles y las niñas en las rosas. (*N. de la t.*)

La verdad es que carezco de otras competencias. Y eso que cursé estudios de técnico superior en contabilidad y gestión. Me enteré de que estaba embarazada el último día de los exámenes, Mathias se ganaba bien la vida y decidimos que yo me ocuparía de Chloé. Tres años más tarde, cuando entró en el parvulario, opté a docenas de ofertas de empleo en el sector de la contabilidad y la administración. Sólo conseguí una entrevista, durante la cual comprendí que era un cúmulo de defectos: no tenía ninguna experiencia, me había concedido una pausa de tres años para pasármelo pipa con un bebé y tuve la osadía de responder «no» a la pregunta «¿Alguien puede hacerse cargo de su hija en caso de urgencia?». No daba la talla frente a los numerosos candidatos avezados y cargados de títulos, cuya prioridad no había vivido en sus úteros.

De manera que acepté la propuesta de Tony, un amigo de Mathias que tenía un restaurante. Durante los siete primeros años sólo trabajé a mediodía, lo que me permitía pasar tiempo con mis hijas. Hasta que no me quedó otra opción que añadir la noche.

Justo acabo de bajar la persiana metálica cuando Tony me llama desde su despacho. Acudo y me siento frente a él.

—Sabes que te aprecio mucho, Anna.

Situs inversus. La cosa pinta mal.

—¿Cuánto llevas currando aquí? ¿Diez años?

—Catorce.

—Vaya, catorce, el tiempo vuela. Todavía recuerdo la entrevista, estabas muy...

—Ve al grano, Tony.

Se masajea las sienas con las yemas de los dedos y suspira.

—Estelle ha perdido el trabajo, querría contratarla.

—¡Ah! Eso me tranquiliza, ¡creí que ibas a anunciarme una mala noticia! Confieso que no sé si es la idea del siglo en lo que respecta a tu mujer, pero, en todo caso, es tu problema. ¿Cuándo empieza?

Niega con la cabeza.

—Querría contratarla *en tu lugar*, Anna.

La información tarda unos segundos en abrirse paso hasta mi cerebro.

—¿Cómo que en mi lugar? Pero ¡no puedes hacerme eso!

—Lo sé, no tengo ningún motivo para despedirte, aunque buscando bien siempre es posible encontrar alguno. De todos modos, no pienso jugártela, no te lo mereces. Tengo una propuesta que hacerte: nos separamos como amigos, llegamos a un acuerdo y te entrego un pequeño sobre para agradecértelo.

Ignoro cuánto tiempo me quedo así, sin reaccionar. Lo suficiente para pensar en todas las facturas que ya no consigo pagar. Lo suficiente para imaginar la nevera aún más vacía de lo que ya está. Lo suficiente para comprender que las llamadas de los oficiales de justicia se duplicarán. Lo suficiente para visualizar la cara de mis hijas cuando les anuncie que su madre está en el paro.

—¿Y bien?, ¿qué dices?

Echo atrás la silla y me levanto.

—Que te jodan, Tony.

LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ

Ante todo, deseo daros las gracias por vuestros comentarios. Hace un año, cuando abrí este blog, no imaginaba que seríais tantos los que leeríais los pensamientos de una adolescente de diecisiete años que no se siente a gusto consigo misma. Gracias. ♥

CHLOÉ

Me ajusté el gorro y me eché un último vistazo en el espejo. Perfecto. Protegida por el maquillaje y el lápiz de labios, estaba lista para afrontar la jornada.

Bajé corriendo los tres pisos mientras me ponía los auriculares. Abajo, la puerta seguía rota y el viento frío se colaba en la escalera. Si al menos pudiera llevarse el olor a pis...

Lily estaba ya en la parada del autobús. Me hizo una seña con la mano, pero la ignoré y proseguí mi camino. Tampoco esta mañana he subido con ella.

¿Qué sentido tiene ir al instituto? Mi futuro está completamente trazado. Dentro de tres meses me sacaré el bachillerato con mención honorífica y me matricularé en la Facultad de Letras. Jamás pondré los pies en ella.

Los estudios, en el peor de los casos, se pagan; en el mejor, no se pagan.

Ayer por la mañana mamá recibió una nueva carta certificada. La escondió debajo de sus pantalones, junto con las demás, pero no soy idiota. Además de su trabajo en el restaurante, hace planchados para los vecinos. No puedo seguir viviendo a su costa. El año que viene me pondré a trabajar.

Crucé el barrio viendo cómo se animaba. Por las mañanas huele a esperanza. Tal vez iba a ser el día en que todo cambiara. Un encuentro. Una idea. Una solución. Una partida.

Todas las mañanas me escribo en la mente mis sueños con lápiz. Todas las noches los borro.

Fui saludando con un gesto de la mano a aquellos con quienes me cruzaba. Tras los cinco años que llevamos viviendo aquí, conozco a todo el mundo. Leila, que llevaba a Assia y a Elias a la escuela. La señora López, que se tomaba el café en la ventana. Ahmed, que se dirigía a su coche. Marcel, que paseaba a sus dos chihuahuas. Nina, que corría para no perder el autobús. Jordan, que no conseguía arrancar su escúter. Ludmila, que echaba un cigarrillo a la entrada del edificio D.

—Te estaba esperando —me dijo abriendo la puerta.

Vive en el séptimo, en un estudio. Era la primera vez que la visitaba. Me hizo una señal para que tomara asiento en el sofá clic-clac.

—Malik me ha jurado que eres de fiar —me soltó recuperando un paquete del estante de la mesita de centro—. ¿Lo confirmas?

—Soy de fiar.

—¿Normalmente a quién le compras?

—Nunca he comprado, es la primera vez. Fumo los canutos de los amigos.

—Vale. Enséñame la sortija.

Le tendí el anillo de oro y lo inspeccionó como si entendiera.

—Vale un diez, ¿estás de acuerdo?

Asentí con la cabeza para ocultar que ignoraba lo que significaba «un diez». Me enseñó un cubito marrón, lo envolvió con papel de aluminio y me lo puso en la mano.

—Si te preguntan, di que ha sido Jo quien te lo ha vendido.

Me guardé el paquete en la mochila, entre los cuadernos y los libros escolares, y acto seguido me dirigí a la puerta. Me disponía a cerrarla cuando Ludmila me soltó:

—Oye, por cierto, ¿no eres tú la tía que ganó el concurso de escritura el año pasado?

Hice como si no la hubiera oído y cerré la puerta.

LILY

3 de marzo

Querido Marcel:

El sábado, por mis doce años, mi madrina me regaló un diario íntimo: tú. Es maja, sin duda para compensar sus dientes de nutria, pero ahí se pasó veinte pueblos. De entrada, nunca he entendido la utilidad de un diario íntimo, y ya tengo bastantes deberes. Pero, encima, te eligió con una tapa rosa de corazoncitos. Sólo faltaban las lentejuelas.

No tenía previsto tocarte, te dejé en la cocina a la espera de que mi madre o Chloé te tiraran a la basura junto con los folletos publicitarios, pero hace un rato me ha pasado algo que he de contar a toda costa a alguien y no puedo contarle a nadie. De manera que he coloreado la cubierta con un rotulador rojo, he añadido un candado (más valen dos precauciones en mano que ciento volando) y te he encontrado un escondite perfecto, pero no diré dónde. (Chloé, si lees esto, ya puedes dejarlo enseguida o le diré a mamá que le birlas los sujes.)

Por cierto, te llamas Marcel, confío en que te guste. Es porque eres rojo, como Marcel Musson, el calvo del primero.

No sé si escribiré a menudo: si pasa como con la loción antiacné, seguro que me olvido dos de cada tres noches, pero al menos lo intentaré.

Vale, pues te cuento.

Esta mañana me dolía la barriga en el autobús. Ni siquiera había podido acabarme los cereales del desayuno, cosa rara, pero creía que se debía a lo del examen de inglés, no me sabía todos los verbos irregulares y eso me estresaba. Lo que pasa es que después del examen seguía doliéndome. Entonces me he dicho que era por la cena de anoche. Chloé y yo nos recalentamos el estofado que mi madre había traído del restaurante, el cual hace honor a su nombre en argot de porquería, qué te voy a contar.

En clase de educación física hemos hecho baloncesto. Me he pasado diez minutos gritando a Théo que me hiciera un pase y me ha obedecido justo en el momento en que me estaba recogiendo el pelo. He parado el balón con la nariz, que ha empezado a gotear sangre, así que el profesor me ha hecho salir.

Me encontraba al borde de la cancha, con la cabeza hacia atrás y papel higiénico en las ventanas de la nariz (no había algodón), cuando de pronto he oído risitas ahogadas a mi espalda. Eran dos tíos y una chica de 4.º C que estaban sentados en las gradas. Todos me miraban. Un morenito con cara de bobalicón me ha preguntado si el balón me había dado en el culo. He respondido que no, que sólo en la nariz. Se han echado a reír clavando la vista en mi pompis y de repente lo he entendido. Eso explica el dolor de barriga, mi madre me ha contado varias veces cómo funciona lo de la regla. Tenía que venirme precisamente el día en que llevaba el chándal blanco.

He retrocedido hasta la puerta y bordeado la pared hasta el vestuario. Tenía sangre por todas partes, no sabía que se perdiera tanta, mis bragas parecían la escena de un

crimen. Lo he limpiado como he podido y me he puesto unas tiras de papel higiénico a modo de protección, pero enseguida he visto que no bastaba con eso, así que he aplastado el rollo y me lo he metido entero en las bragas.

He caminado como un cangrejo todo el día, con el abrigo atado alrededor de la cintura, y aparentemente nadie ha visto nada. Tengo que decirle a mi madre que necesito compresas.

Besos, Marcel.

LILY

P. D. Puede que no sea la regla, sino una hemorragia cerebral que sale por los bajos, debido al balonazo en la cabeza, y que mañana ya esté muerta.